

Trayectoria del negro

(Apropósito de Wiener y Doucet)

HORAS DE ANTEAYER

Triunfaban aquellas largas colas que se arrastraban en los salones aristocráticos; los pianos melancólicos de todo el occidente europeo murmuraban unos valse pegajosos y arrastrados que arrancaban lágrimas de señoritas pálidas y cloróticas; los caballeros usaban unos plastrones severos y había en las maneras importadas del Segundo Imperio o los primeros tiempos de la III República, galanterías que por ser recuerdo de aquellas reverencias de Versalles, quedaban de un cursi subido y lamentable.

Los exotismos se admitían llegados en barcos de vapor que atracaban en los puertos europeos, repletos de elementos de consumo y de esclavos... América se abría a los ojos del mundo como un campo propicio al pillaje y a la aventura y sujeto a las peripecias de la política europeo-occidental, quedaba reflejada en nuestras obras dramáticas, como lugar de expiación. En lugar de meterlos en un correccional o de ingresar en las silenciosas áreas de los conventos, los hijos pródigos, los amantes desdichados, los tristes de espíritu, se embarcaban para América, América, tierra de expiación y de trabajo; continente generoso que recogía muchos de los que en lugar de ir directos al presidio, iban a tierras de promisión a rehacer la vida, explotando a los pobres indígenas que sudaban sangre para enriquecer a quien, la mayoría de las veces, debía estar en presidio o colgado de una horca.

De aquel tiempo datan los versos de

«Bello país debe ser
el de América, papá...»

de «Flor de un día» y aquellas estrofas tristes y dolorosas de «La Cabaña de Torn», que arrancaron lágrimas de todas las niñas pálidas del mundo.

Los negros fueron, en una hora europea, la moda del sentimiento religioso. Reclamaban emancipación como siglos atrás reclamaban para sí los pobres cristianos, reducidos en los fosos del circo, a carne de fieras.

Pero pasaron los años y se acabó la esclavitud de los negros, la desigualdad social de los pobres esclavos de ayer y la reivindicación de esta raza que impera ahora sobre el corazón de todos los europeos de este Occidente, completamente en decadencia, según Spengler, filósofo alemán, que la «coterie» de la «Revista de Occidente» nos hizo leer como palabra nueva y que ha pasado de moda inmediatamente, como puede pasar cualquier estribillo popular.

MOMENTOS DE AYER

Una vez conseguida su «igualdad en derechos y deberes», los negros empezaron a ganar influencia sobre la raza blanca. Fué el puño de Jack Thomson, que se mantuvo amenazador sobre el alma blanca; fueron también los primeros bailarines que lucían en los cabarets un frac impecable y que daban con gracia singular al ritmo de unas melodías ejecutadas por los tziganes tristonos que nacieron a orillas del Danubio y que aportaban ecos de la Viena imperial y galante, y que mientras ponían los ojos en blanco iban mecido los «frissons» últimos de las «rombières» distinguidas. Los negros invadían la civilización por el lado más seguro: entraban en el puerto e ingresaban en la vida galante.

Dueños de la pista de baile, ganaron rápidamente el cercado de la orquesta. Lo ganaron estrepitosamente. Con el jazz. Los primeros escarceos empezaron cuando la guerra. Todo el material de las colonias aliadas llegó a los campos de batalla con un banjo o un saxofón; con unas voces siniestras y a media noche susurra-

ban unas canciones lejanas impregnadas de motivos tristes y sentimentales o con unas desarticulaciones absurdas en que la lógica, la sintaxis y el sentido común, eran extraños. Aquellas canciones que en las trincheras de la Legión extranjera y de las tropas coloniales iban ganando popularidad contra las imponentes canciones de guerra—«Madelon», «Tipperary», «Tommys», «Belge bleu»—fueron de la guerra a los cabarets del mundo. Cuando se firmó la paz entre Francia y Alemania, el vencedor fué el Espíritu Negro que tenía envenenada la consciencia universal, de Norte a Sur y de Este a Oeste.

NEGRO + NEGRO

Los negros llegaron con sus «jazz». Ya no era compasión lo que inspiraban, sino envidia. Todos los mortales sentían por los negros envidia de gobernar. En la vida galante triunfaban sobre los blancos desastrados; en la vida pintoresca, Battling-Siki, el negro asesinado una noche de juerga en Nueva York, el que paseó su bohemia por los «boulevards» de París, con una flor en el ojal; en la vida musical el disco negro de Paul Witheman, el de Los Revelers, el de Jack Sennet, el del reciente Jack Smith, nos aportaba la graciosa melodía de las tristes canciones negras, que tienen como un sedimento aún de todo lo que padecieron en las horas de esclavitud racial o bien la desarticulación, la fantasía de estas antifonías geniales que en la historia de la música tienen tanta importancia como la ternura de Mozart o la potencia wagneriana; como la gracia peninsular de Albeniz o la fuerza dramática de Moussorski.

Triunfan los negros. Obligan a la raza blanca a la gimnasia coreográfica más absurda. Triunfan sobre el ritmo de Jacques Dalcroze o de Duncan y con ellos todo lo que es canción sensible o marcha ascendente. Es la hora de la mezcla. El triunfo del trasatlántico, del «gin-cocktail», de la Sociedad de Naciones. Retorno a Babel. Y en esta situación llegan a Barcelona Wiener y Doucet.

Van al «Palau de la Música Catalana». Entra la música moderna, fundamental, internacional, la que no tiene otro matiz popular que la de ser de todos los públicos; la que se oye mientras giran a nuestro alrededor las parejas que bailan o la placa gramofónica que sigue las indicaciones de la aguja imantada...

En el palacio donde todo acto musical es trascendencia y donde todo hecho musical se registra con pasión, ingresan por la puerta grande estos dos grandes músicos, Wiener y Doucet, que son sin duda alguna los dos pianistas más grandes de la música moderna. No es un elogio de baratillo, ni de gacetilla pagada, no es una hipóbole de gracia como suele ocurrir con todos los adjetivos de ritual. Es que Wiener y Doucet, son al lado de Layton y Johnston, Jack Smith, Paul Witheman y Los Revelers, los nombres típicos de esta nueva era musical.

Al cruzar el Palau de la Música Catalana, entra el aire de Europa y América, entran los nuevos ritmos, los que van a tono con el tiempo de Van Dongen y de Stalin; de Paul Morand y de Pirandello; de Tharabey y del coronel Lawrence; de Lindbergh y de Josefina Baker.

No hay pianos como los de Wiener y Doucet, con ellos llega la alegría nueva. La alegría de ahora que nos debe hacer a nosotros el mismo efecto que el de la caravana de artistas de mediados del siglo XIX o el carro de la farsa italiana que se detiene en los mesones rurales.

¡Wiener y Doucet, hurra!

FRANCISCO MADRID

Anunciarse en LA NOCHE
es prosperar